

VOTAR A LA IZQUIERDA

La democracia es una creación del conjunto de fuerzas que hoy llamamos izquierda. Ello no quiere decir que no haya partidos y fuerzas de la derecha que se sientan demócratas. La invención de la democracia moderna está basada simplemente en un reparto del poder entre todos, de la riqueza y de la pobreza entre todos por igual. O, al menos, con una igualdad de oportunidades y con un sentido del equilibrio y de la justicia. Nace como una defensa contra el orden antiguo, contra el orden milenarista y casi universal —con excepciones fulgurantes y efímeras— basado en la concentración del poder y de la riqueza y la fuerza. Los partidos políticos son una creación de la izquierda, las asambleas y sus formas afines —parlamentos, congresos— son una creación de la izquierda.

Con una oposición continua de la derecha. Si examinamos la historia de la democracia en todos los países y en todos los lugares, en los últimos doscientos años —desde la Independencia de los Estados Unidos, desde la Revolución francesa— no podemos encontrar más que dos grandes tendencias, aunque cada una de ellas tenga matices, métodos o sistemas: la de un impulso para ampliar las bases de la democracia para que sea máxima la participación de todos, y representativa de todas las capas de la población, y la de una tendencia a retrasar, a minimizar, a deteriorar ese proceso. La primera tendencia es de la izquierda, de la más pura izquierda; la segunda tendencia es la de la derecha. La derecha reduce como puede el número de electores: por medio de los "censos": sólo podrán votar los que tributen un mínimo

determinado al Estado, o tengan ciertas rentas, es decir, los más ricos; por exclusión de los que no puedan presentar ciertas ventajas de educación, ciertos niveles de estudio (es decir, de los más pobres) o de clases destinadas a ser explotadas por vía del racismo (los negros, los judíos); o por su sexo, o por su edad, o por su religión. Cuando va perdiendo esa batalla y se llega al sufragio universal poco a poco, sitúa sus límites sobre los elegibles, para reducir el campo de aquellos a los que se puede votar dentro de los límites de los aceptables. El antiguo poder limita las posibilidades de los partidos: quiere conservar en sus manos la legalización de las asociaciones. Inventa después los sistemas electorales para concentrar los poderes: complica las proporciones matemáticamente, inventa circunscripciones, crea los turnos de escrutinio. Bajo la apariencia de un orden matemático neutro, se apodera de las elecciones y los Parlamentos. Los duplica con Senados o Cámaras selectivas en los que hay nombramientos directos o por razones de la aristocracia de la sangre —como la Cámara de los Lores—, o por elecciones dentro de cuerpos de la alta burguesía —una forma de corporativismo—. O acumula los poderes ejecutivos en una sola persona: el presidencialismo, que tiende al monarca electo por vías de escasa pluralidad, como en los Estados Unidos o como en la Constitución francesa promulgada por el general De Gaulle.

La democracia es una creación de la izquierda moderada, mediatizada y combatida por la derecha. La derecha que se incorpora a la democracia lo hace con el objeto de organizarla para sí misma y para su propia clase, para la burguesía dirigente. La tendencia histórica de los últimos doscientos años es la de la ampliación de las bases democráticas por una presión continua de las clases populares. Frente a los riesgos que tiene para el orden antiguo piramidal, todavía flotante, todavía existente y muy presente, hay un grupo de la derecha que oscila continuamente entre un combate propio para el regreso a la autocracia y una forma de apoyo a la derecha que desde dentro de la democracia trata de limitarla y contenerla. A este último grupo se le ha dado en los últimos años el nombre de fascismo. Se creyó que se le había vencido en la segunda guerra mundial, pero en realidad sólo se habla vencido unas formas efímeras y nominales de ese fenómeno mucho más antiguo y mucho más extendido hacia el futuro.

Dentro de estas grandes tendencias generales está la situación española que se aborda la semana que viene, en las elecciones señaladas para el día 15. Unos partidos de la izquierda tienden al establecimiento más

amplio de la democracia, a la instauración —apenas se puede decir restauración, teniendo en cuenta la parquedad de las experiencias anteriores, y su estado de lucha continua— del sistema más amplio del Gobierno de todos y para todos. Unos grupos o sectores de la derecha pretenden impersonar y protagonizar la democracia para limitarla y contenerla, para reducirla a un Gobierno de clase y a una "élite" de poder. Mientras el tercer grupo se mantiene en una posición de duda y de inseguridad, entre la tentación de restaurar directa y claramente la autocracia por los medios que puedan tener a su alcance o apoyar a la derecha que se pretende democrática y que nace, por necesidad, de su propio costado.

Una gran parte de españoles permanecen todavía indecisos —a juzgar por las encuestas de opinión pública o, simplemente, por las conversaciones que cualquiera pueda tener— acerca de la naturaleza de su voto, o incluso de su abstención. Hay numerosos factores que explican esa perplejidad, aunque no puedan justificarse moralmente. Una de ellas es precisamente la actitud de la derecha autocrática y sus amenazas. Pueden creer muchos que un voto a la izquierda pueda desencadenar la furia; querrían votar para evitarlo a la derecha que se disfraza de centro y se viste de democracia, pero les retiene de hacerlo una cierta repugnancia a aceptar lo que ya se está viendo como una falsedad.

Junto a esta indecisión hay otra corriente militante de abstenciones, como pueden ser la que expresan claramente dos mujeres, Federica Montseny, regresada ahora del largo exilio, y Eva Forest, recién salida



Felipe González,
secretario general
del Partido Socialista
Obrero Español.



Santiago Carrillo,
secretario general
del Partido Comunista
de España.

—provisionalmente— de una larga y dolorosa prisión. Para ellas, para el sector —o los sectores, diferentes entre sí— que representan, la abstención es militante: es una repulsa de unas elecciones que consideran traicionadas en su sentido fundamental, de una reforma que les parece tramposa y de un futuro que consideran establecido al margen de lo que puedan dar de sí las urnas. Creen que la lucha por la igualdad y la justicia tiene otro, otros signos, otras vías. La abstención es, sin duda, un derecho político tan respetable como el derecho al voto, cuando tiene un sentido y cuando no significa un desistimiento.

Por otra parte, el rostro electoral de la izquierda es poco atractivo. Es confuso y tímido. Frente a las bazas de una audacia sin duda calculada y consentida del poder establecido, como son las mismas elecciones, las formaciones de izquierdas, batidas duramente por el franquismo, deformadas por la persecución sangrienta, por el exilio y por la cárcel, herederas de disensiones históricas que ya les causó la pérdida de la guerra civil, se presentan con una escasez de opciones, falta de imaginación creadora y rostros generalmente cansados y usados. Sobre todo, con una terrible tendencia a la desunión, y con una desconfianza mutua. Para muchos, son cazadores de votos, buscadores de escaños.

Todo ello hace difícil una opción concreta. Pero sin duda se trata solamente de un aspecto anecdótico de la cuestión. La izquierda general es aquella fuerza que lucha directamente desde hace siglos por la democracia: aquella que consiguió instaurarla y que luchó por ella hasta morir. La que mantiene vivas sus premisas, la que trata de su ampliación y de su virtualidad. Es decir, de que sobrepase su propio nombre y sea un método, un sistema de gobierno del pueblo, de un reparto de las cargas por igual, y de los beneficios por igual.

En este trance considerado como histórico de las elecciones del 15 de junio hay que superar la anécdota, incluso la pequeña táctica, y aun dirlamos que la estrategia. Alguno de los grandes dirigentes de la izquierda ha dicho en estos días que se trata de elegir entre democracia y autocracia: es una simplificación enormemente exacta. El hecho de votar es demostrar que se acepta el desafío, cualquier desafío: el hecho de votar es ya en sí un acto democrático, y tiene una capacidad más que simbólica, efectiva.

Dentro de este acto democrático, al que ha de llegarse sin ignorar todos los falseamientos, todas las maniobras, todas las trampas que encierra, pero sabiendo que votar es ya un principio de lucha contra las manipulaciones, votar a la izquierda es votar a la democracia. Porque la izquierda es la que ha creado la democracia en el

mundo, y la que con más fuerza participa en el largo y lento debate de su desarrollo. Hay que saber que la democracia no es algo terminado, sino un sistema, un régimen en formación, y que dentro de ese desarrollo y esa formación están situaciones como la nuestra.

La afinidad con alguno de los partidos políticos, incluso el distanciamiento ideológico de todos ellos, es una cuestión que puede afectar a cualquier demócrata, pero que no debe impedirle votar por aquel que esté más próximo, aunque lo considere solamente como un mal menor.

Dentro de este abanico de partidos, pese a sus rencillas y a sus torpezas, pese a la falta de atractivo que pueden presentar, como consecuencia de una situación de la que no son responsables —una herencia de persecuciones, una falta de medios, una campaña mediatizada, un miedo a sus propios programas como consecuencia de las amenazas— la izquierda española, cualquiera de los partidos de la izquierda española, requiere el voto de los verdaderos demócratas. Una presencia fuerte en las nuevas Cortes, aunque las leyes de reforma, los reglamentos y las costumbres lo dificulten, aunque la Jefatura del Estado sea fuerte, y el Consejo del Reino un organismo apenas elegible, y el Gobierno de designación directa, puede conseguir que el proceso democrático siga en progreso en nuestro país durante los próximos años. La izquierda ejercerá una voz y una crítica, estará presente en todos los intentos constitucionales, podrá esclarecer el doble fondo de cada cuestión.

La respuesta democrática a una situación que pretende prolongarse consiste, en primer lugar, en votar, y en votar a la izquierda. ■



Enrique Tierno Galván,
presidente
del Partido Socialista
Popular.

TRIUNFO Y LAS ELECCIONES

Por interés de los lectores, TRIUNFO aparecerá, la próxima semana, dos días más tarde. Gracias a ello, TRIUNFO podrá ofrecer en ese número los análisis y comentarios de los resultados electorales.